

propiciando, por el contrario, la recuperación de las derechas y traicionando las esperanzas populares.

Cuanto acabo de señalar está muy bien reflejado en una de las escenas, quizá demasiado simplista, de *¿Dónde está Dios?* de César Falcón: Juan, obrero en paro, se dirige al Ministerio de Trabajo para pedir ayuda a Largo Caballero, antiguo amigo y compañero de su padre. Desconcertado ante unos atildadísimos funcionarios que lucían con ostentación en sus solapas la insignia de la UGT («él —subraya Falcón— conocía a muchos obreros de la UGT. Pero nunca los había visto tan elegantes»), presenta para acreditarse el carnet cenetista. Ya no hizo falta ninguna aclaración:

... El funcionario cogió el carnet, dio unos pasos para ponerse a cubierto y se dirigió enérgicamente a varios porteros y ordenanzas, situados a la expectativa a un lado del pasillo.

— ¡Cogedlo!

Los porteros y ordenanzas se abalanzaron sobre Juan y lo sujetaron por los brazos, las piernas, la cabeza. En todo el pasillo se levantó un vocerío de mercado. Se abrieron muchas puertas. Carreras. Gritos. Juan vociferaba y se debatía como un epiléptico. Las personas del salón se arremolinaron en la puerta. Catorce guardias de asalto y seis parejas de la Guardia Civil subieron rápidamente las escaleras en formación cerrada con las tercerolas apercebidas y blandiendo las pistolas...

Gritos. Casi desmayos. Carreras. Despliegue de fuerza pública. Tercerolas y pistolas apercebidas: imbuído por el fino instinto que da el Poder, el funcionario socialista intuyó al instante que un parado preguntando por el ministro sólo podía ser un sujeto de taimadas intenciones. Y la sospecha se convirtió en certeza cuando vio surgir de sus bolsillos el carnet de la CNT, el sindicato de los tira-bombas y los obreros insumisos.

El desenlace aún sería más elocuente: El Gobierno de la «República de los trabajadores de todas las clases», según rezaba el texto de la nueva Constitución, dispuso el encarcelamiento de Juan, convertido de buenas a primeras —gracias a la mágica capacidad transformadora de las notas de Gobernación— en un peligroso pistolero dispuesto a atentar contra la vida del ministro socialista de Trabajo, mientras las Cortes concedían la desmesurada gratificación de veinticinco mil pesetas al «heroico funcionario» de turno.

El enchufismo de los advenedizos, la traición de los gobernantes, cargas y descargas de la Guardia Civil, la encendida defensa de posturas anticlericales y toda suerte de rebeldías, más continuas incitaciones revolucionarias, constituyen los motivos básicos de *La Novela Proletaria*. Mención aparte merecen las encrespadas acusaciones, las agrias censuras, que desde sus páginas se lanzaron contra el sector de las grandes publicaciones periódicas, a las que reprochaban la bajísima calidad de su contenido —noticias frívolas, tratamiento superficial de los temas enojosos— y lo que ellos, autores y editores de la serie, consideraban incondicional y servil sometimiento a los dictados de unas autoridades que con excesiva frecuencia necesitaban recurrir a las calumnias, mediante comunicados falsos, para desacreditar a sus adversarios. Y es que no en vano muchos de aquellos autores habían padecido en sus propias entrañas el dilema de verse obligados a escoger entre renunciar en la práctica a ejercer profesionalmente como periodistas o incorporarse —continuar en algunas ocasiones— a las plantillas de unas empresas que, a cambio de unos salarios encima poco espléndidos,<sup>20</sup> les imponían la defensa de unas ideas que desde luego no coincidían con las suyas. Ramón Magre, en *Un periodista*, planteó sin ambigüedades la situación: Luis Mayral, joven e ilusionado periodista re-

cién incorporado a la redacción de un importante diario, se estrenó en el trabajo con una reseña de *El acorazado Potemkim*, «aquella gran película rusa —recordaba maliciosamente Magre— que los Borbones prohibieron», medida que, en extraña paradoja, acababan de ratificar las correspondientes autoridades de la República. Mayral establecía en su crónica peligrosas concomitancias entre la represión zarista de Odessa y las cargas de la caballería alfonsina, o sea, y según la lógica del acreditado sistema de las alusiones, de las fuerzas de orden público de la República. En el periódico se encendieron de inmediato todas las señales de alarma; el director requirió la presencia del periodista:

¡Eso es intolerable!, le dijo. ¡Eso es revolucionario! Comunismo puro.

Yo creí que un diario republicano... —objetó el periodista.

¿Republicano? —atajó el director—. Ahora todos somos republicanos porque vivimos en República. Pero eso es revolucionario y no puede repetirse en nuestro diario. Cuando se hable de estrenos de películas como ésta, tan abominablemente audaces, el periodista debe circunscribirse a detallar las características del público, a afirmar que el salón estaba lleno, que era una obra vulgar..., pero, no: esto no. Entonces caemos en el riesgo de perder el anuncio, y eso es lo que hay que evitar...

Es preferible que no vuelva a suceder. El ideal de todo periódico templado se reduce a no tocar ningún asunto a fondo; halagar a quien pueda dar anuncio; cantar la vida bella y amable que adormece a las multitudes en sueños de grandeza; respetar los poderes constituídos, combatir todo intento de agresión a estos poderes que son la base de la tranquilidad nacional, del orden, de la paz, y de la civilización. La tónica de nuestro periódico es y ha de ser ésa, señor Mayral. Hoy cuidará, añadió, de hacerme algo nuevo, original, sobre el tema de moda; una entrevistó con una reina de belleza, sus gustos, sus costumbres, los perfumes que usa, etc. Eso es encantador.

Tropiezo a tropiezo, ante la desalentadora perspectiva de la papelera como único destino para sus trabajos, Mayral empezó a hundirse, a sentirse fracasado. «No; el fracasado es el periódico», le aclaró una compañera con la que acabaría fundando, tras abandonar ambos el gran diario «republicano», una revista, modesta pero libre, al servicio de los trabajadores. «El periódico es un muerto que rechaza toda inyección de vida», concluyó.

Antonio Jiménez termina *Infamias* con una amargada denuncia de la prensa. Cierra el relato una cínica nota de la Jefatura de Policía y del Gobierno civil, servilmente reproducida por los periódicos, tergiversando la personalidad de un asesinado y la propia significación del crimen:

<sup>20</sup> La Junta general ordinaria de la Agrupación Profesional de Periodistas, reunida el once de diciembre de 1930, aprobó un anteproyecto que fijaba como meta la siguiente escala de sueldos mínimos para la prensa de Madrid: 1.º) Publicaciones con más de quince redactores en plantilla: 400 pesetas mensuales; 2.º) Publicaciones con más de nueve y menos de quince redactores en plantilla: 300 pesetas mensuales; 3.º) Publicaciones con sólo ocho redactores en plantilla: 200 pesetas mensuales; también decidió regular —es decir: no lo estaba—, según las tiradas, los salarios de la profesión en las provincias donde tuviese jurisdicción el Comité Local Paritario de Madrid (El Sol, 12 de diciembre de 1930). Y algunos días antes, al abordar el mismo asunto, la Asamblea de los periodistas del Norte y Noroeste de España, en sesión celebrada en Vitoria, decidió recomendar a las empresas (cláusula 5.ª) «un momento de reflexión acerca de la realidad económica del periodista y de la conveniencia de no hacer a éstos inferiores en categoría a los obreros manuales que militan en las agrupaciones de resistencia» (El Sol, 9 de diciembre de 1930). En septiembre de 1927 el Comité paritario de la prensa catalana había fijado en doscientas pesetas el salario mensual mínimo de los redactores (El Sol, 3 de septiembre de 1927). Es preciso considerar, además, que las empresas solían infringir, o simplemente desconocer, tales disposiciones (véase al respecto Andanzas y recuerdos de España de José Venegas. Montevideo, Feria del Libro, 1943; cap. I, pp. 7-53). Entre tanto, y repárese en lo irritante del contraste, «la Comisión Municipal permanente del Ayuntamiento de Vigo, al aprobar a finales de octubre los presupuestos para 1931, fijó dos cantidades verdaderamente insólitas: seis mil pesetas para el Censor de prensa, y seis mil quinientas para el delegado gubernativo...» (El Sol, 1 de noviembre de 1930).

Así, querido lector, apostilla Jiménez, como ésta son casi todas las noticias que en los diarios lees. Juzga ahora, ¿no es ello infamia?

*La Novela Proletaria* fue, en resumidas cuentas, el cauce de expresión político-literario de un significativo grupo de escritores y hombres de acción más o menos esporádicamente refugiados en el género de la novela corta, representantes a su vez de muy distintas e incluso teóricamente enfrentadas ideologías, aglutinados por tan agudo sentimiento de desencanto como de encendidas rebeldías frente a la cultura y el orden tradicionales. Más allá de motivos, tonos o anécdotas pasajeras, aún continúan cargadas de sentido muchas, no cabe duda: demasiadas, de sus denuncias. Y es que la solidez de ciertos lastres institucionales ha teñido de desganada pereza el ritmo de avance —pura metáfora— de nuestra historia. Guste o no, en la misma sólo abundan las reformas al estilo de la del «tradicional tricornio charolado» que en su momento pretendieron algunos compañeros de Maura. *La Novela Proletaria*, valga la paradoja, ha sido en este sentido víctima de su propia actualidad. Por eso ha permanecido enterrada durante tantísimos años.

8. Ediciones Libertad se ganó enseguida la enemistad militante de poderosas fuerzas sociales y políticas. Acosada desde todas las perspectivas, es decir, sometidas sus publicaciones a un estricto control gubernativo<sup>21</sup> y certeramente boicoteada en el crucial aspecto de la distribución,<sup>22</sup> sus actividades cesaron, viniéndose la empresa abajo, durante el primer trimestre de 1933. Pese a la similitud de los títulos, la *Biblioteca* de Vivero nada tuvo que ver con la revista *Sin Dios*, efímero e irregular portavoz de una artificiosa e inoperante filial española de una no menos supuesta Internacional de Librepensadores Proletarios Revolucionarios cuyo rastro, a no ser que esté muy equivocado, se reduce a unos cuantos papeles, escritos en distintos idiomas, en su momento desapercibidos y hoy absolutamente olvidados con entera justicia.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> En el volumen número 23 de la *Biblioteca* fue precipitadamente anunciada la inminente publicación del primer título de la serie «Hechos e Ideas» (véase la nota 14) para sustituir al número correspondiente de *La Novela Proletaria*, cuya salida habían impedido las consabidas «causas ajenas a nuestra voluntad». Por lo menos fueron denunciados, y recogidos, los volúmenes segundo, tercero y undécimo de la *Biblioteca* y varias novelas (*La Novela Proletaria*, 22, catálogo).

<sup>22</sup> Poco antes de desaparecer, la editorial denunció la campaña de una potente distribuidora, «organizada con dinero de los conventos», que amenazaba con retirar sus publicaciones de los puntos de venta que no renunciaban a recibir la *Biblioteca* (*Biblioteca*, número 23, «Aviso a los lectores»). Para hacer frente a tan peligroso boicot, la empresa intentó organizar una red de ventas propia, integrada por corresponsales locales de comprobada solvencia anticlerical. La buena fe del intento debió estrellarse contra las urgencias del tiempo y las desagradables sorpresas de varios corresponsales poco aficionados a liquidar sus cuentas (*Biblioteca*, número 18, «¡Ojo con éstos!», relación de recalcitrantes morosos cerrada con un fatal «Continuará la lista»). A tal conjunción de factores, al cansancio literario de los autores y a las urgencias de sus respectivas militancias, habría que achacar, a mi juicio, su quiebra.

<sup>23</sup> *Sin Dios*, «Órgano mensual de la Atea, filial de la Internacional de Librepensadores proletarios revolucionarios», Madrid, 12 de noviembre de 1932-junio de 1934, pero nada más salieron cinco números (los dos primeros guardaron la anunciada periodicidad mensual, el tercero se retrasó hasta febrero del treinta y cuatro). La revista trataba de introducir en España, importándolo directa y artificialmente desde la URSS, el movimiento «Besboojniki», «Los Sin Dios» o «Los Sin Fe». Con las excepciones de un par de colaboraciones de Ramón Casanella, a la sazón refugiado en la URSS (Casanella, como se recordará, había participado en el atentado que puso fin a la vida de Dato), varios dibujos de Ramón Puyol y un extenso poema de Rafael Alberti, «Sequía», publicado en el último número, salvo estas contadísimas excepciones insisto, el contenido de la revista carece de interés; apenas merece la pena apuntar los nombres de los ilustradores Rafael Ochoa y Aspe y los de los redactores J. Bay y Carlos Castillo y, otra vez, el de Ochoa. Para demostrar la modestia de la revista basta con señalar que los editores consideraron un éxito memorable haber colocado en Madrid mil setecientos ejemplares del número inicial; sus aspiraciones se limitaban a quinientos.